

# Crónica inconexa de una tarde alegre

**JORGE VILLARRUEL**

Fuensanta no regreses a mi casa de arena  
Que mis manos no quieren volver a tocarte  
Para entonces perderte entre polvo y devastación

El pasado domingo 20 de mayo (2007), en la sala Manuel M. Ponce, se celebró una extraña convivencia. El homenaje por sus cuarenta años de vida a una novela. O a su autor que ya era escritor antes de ella. El Ojomeneado, como lo calificó el buen amigo Dionicio Morales, de rostro alegre y mirada cínica y siempre joven, con su sola presencia, con su propio nombre, RAF, dictó el tono que mantendría la presentación, y todo ello sin decir palabra alguna. Pues con René es imposible ser solemnes y pomposos. Se trata de divertimento. Pero el divertimento nunca fue tan serio como a lo largo de su obra. Reír es cosa seria.

Es la sexta vez que veo a René frente a un auditorio. Dos años atrás, en la UAM-X, lo vi durante cinco

días consecutivos hablar, comentar y chacotear acerca de las diferencias y/o similitudes entre el periodismo y la literatura. Me reí como nunca me había reído hasta entonces. Y esta vez, en Bellas Artes, me reí incluso más.

Tratar de exponer con un orden preciso, con un método, todo lo que se dijo esa tarde, todo lo que salió de boca de Carlos Bracho, Humberto Musacchio, Bernardo Ruiz y las mediadoras intervenciones del ya mencionado Dionicio Morales sería pretencioso. Yo no soy un cronista. Yo soy un tipo que escribe cuentos, malos y peores, y uno que otro imperdonable; evidentemente, sigo los malos pasos de mi buen amigo RAF (Royal Air Force, dice Bracho, si no me equivoco). Así que lo mejor será contar un cuento. Hubo una vez una ciudad muy parecida a la nuestra. Hasta los nombres de sus mafiosos eran los mismos. Cuando uno de sus habitantes... llamémosle Arturo. Cuando Arturo quería saber cómo andaban las cosas en la ciudad y en el país (téngase en cuenta que hablamos de una época pasada, digamos el año 2006



Lourde Domínguez

DC), no compraba periódicos, no prendía la tele, no escuchaba la radio, sino que iba a su biblioteca particular y en la sección 1967, junto a Cien años de soledad, su mano buscaba el mejor medio informativo: una novela. Sí, una novela que contaba sucesos de cuatro décadas atrás.

Es que eso son Los Juegos, la novela homenajeada que mencionamos al principio. Una sátira violenta o un chiste macabro no carente de enorme realismo, que marcó a las nuevas (hoy ya no tanto) generaciones de lectoescritores, que supura hiel y que al mirarse a sí misma se ríe como una hiena salvaje. O eso dicen, ya que yo no la he leído. Pero no tengan pendiente, ya lo haré, además, ustedes no han leído los Cuentos de Hadas Amorosas y yo sí, así que estamos en las mismas. Entre risas es lamentable que las cosas sigan igual.

¿Entonces para qué todo este rollo? Ya se los digo: para decirle a René que con él siempre pasan cosas buenas: sonreír con el ingenio de Morales, emocionarse con las declamaciones de Bracho, rozar el codo suave de X (la amiga que me acompañó) durante la exposición de Musacchio, conocer al fin al buen Bernardo Ruiz, y carcajearse reflexivamente con la agudeza y falta de pudor (gracias a dios, a satán y a Jim Morrison) de cada una de las palabras que brotan, cual gas hilarante disparado por los colmillos de la serpiente emplumada (o cobra-urraca, según el monstruario de este servidor, pero no público, así que pueden guardar los vegetales y las piedras).

Gracias, RAF, fue una tarde estupenda. A ver cuánto la repetimos. 🐾